

Por otro lado, la materia viva de estos cuentos rezuma un temblor trágico, contenido y disimulado por la más auténtica cortesía. La tragedia es en estos cuentos una tragedia humilde, recatada, envuelta en matices de neblina de montaña. Es una tragedia que nos hiere sin sangre, que nos deja en los ojos una leve señal de lágrima, y en las manos el aroma ácido de una fruta en agraz. Pero junto con la tragedia, crece y se desarrolla el acento poético, más bien lírico, que sirve de contrapeso legítimo en la armazón del episodio. Los diálogos constituyen un alarde de precisión, de buen gusto, y, sobre todo, revelan una maestría para soslayar lo literario y lo culto, y quedarse con el signo de la lengua hablada.

Por otro lado, Yáñez —buen maestro de estilo literario— no desperdicia ni su experiencia ni su técnica; en todo el libro no aparece ni una vez un recurso que vemos expuesto en mala hora hasta en escritores que el público tiene por buenos: el de la metáfora que, a la postre, no es sino melindre cursi y falso adorno. La metáfora en la prosa me parece uno de los recursos más estorbosos. Yáñez la sustituye por el parco empleo de la imagen. Y la propia imagen aparece sólo cuando el impulso emotivo lo permite. Cuando no es necesaria, la deja soterrada, para dar cabida a la expresión lineal que, de tan sencilla, resulta complicada para el neófito.

En resumen: los *Tres cuentos* que hoy publica Yáñez constituyen, a mi entender, su verdadera obra maestra por lo que toca al idioma y a la sobriedad de sus temas. Creo que este estilo nos revela al verdadero Agustín Yáñez. Éste es el Yáñez que anda buscándose y que nosotros deseábamos ver surgir con tanta plenitud como osadía. La personalidad de Yáñez cobra, con esta pequeña obra maestra, un significado trascendente en las letras mexicanas contemporáneas. Le vaticinamos un decidido y no interrumpido ascenso en la escala de los valores estéticos de nuestras letras. Pocas veces escribimos una nota crítica con más alegría y con más conciencia, además, de que rendimos un justo homenaje. El público lector tiene en sus manos una obra admirable del cuento mexicano.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

SEYMOUR MENTON, *El cuento hispanoamericano. Antología crítico-histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964; 2 vols., 222-331 pp. (*Colección Popular*, 51).

Se reúne en estos dos tomos un total de 36 cuentos escritos por otros tantos narradores hispanoamericanos. Todas las repúblicas americanas

de lengua española están aquí representadas, ya sea por un solo autor —como Perú, Guatemala, Honduras, etc.— ya por dos o más. De escritores mexicanos se recogen ocho cuentos, de Payno, Portillo y Rojas, Gutiérrez Nájera, Martín L. Guzmán, Ferretis, Revueltas, Rulfo y Arreola. Sigue, en importancia numérica, la literatura chilena, representada por Lastarria, Lillo, D'Halmar, Manuel Rojas y María Luisa Bombal. No ha sido, pues, el propósito del profesor Menton el de reunir los mejores escritos de todos los narradores hispanoamericanos, sino sólo los imprescindibles para mostrar el desarrollo del cuento en Hispanoamérica —como unidad cultural, no en sus diversas literaturas nacionales— a partir de los primeros brotes románticos.

Su pretensión —él mismo lo declara en el breve prólogo— ha sido la de reflejar, por medio de ese género narrativo tan importante en las letras hispánicas de nuestra época, los distintos movimientos literarios que se han sucedido en la América española desde el momento de su emancipación. De ahí que su labor rebase la del simple antólogo, para equipararse con la del historiador. Los cuentos aparecen, por ello, clasificados dentro de cada uno de esos períodos literarios —sucesivos o, a veces, simultáneos— por los que han atravesado nuestras letras: romanticismo (tres cuentos), realismo (otros tres), naturalismo (el mismo número), modernismo (cuatro narraciones), criollismo (el más ampliamente representado, con once autores), cosmopolitismo (denominación en la que incluye los frutos del surrealismo, del cubismo, del realismo mágico y del existencialismo) y neorealismo (dos cuentos).

Pero el editor no se ha conformado con realizar esta labor de ordenación y de clasificación, sino que ha procurado dar a su obra un sentido crítico, didáctico. Para ello, hace preceder a los cuentos agrupados dentro de cada una de esas escuelas, de un breve estudio de lo que tales movimientos fueron y representaron en las letras hispanoamericanas. En esas sintéticas introducciones a cada parte de la antología (suelen ocupar dos o tres páginas únicamente), explica Menton cuáles son los rasgos generales de dichos movimientos, sus orígenes —remotos o autóctonos— y las peculiaridades características del género en su modalidad o cultivo hispanoamericano. Sigue después la reproducción de los cuentos seleccionados, cada uno de los cuales va precedido de un breve bosquejo bio-bibliográfico del autor correspondiente. Estas semblanzas biográficas —así como el análisis crítico que de cada cuento se hace a su terminación— podrán ser, sin duda, de gran utilidad para los estudiantes de literatura hispanoamericana, especialmente para los alumnos de las universidades norteamericanas, pensando en los cuales parece haberse realizado la obra.

Aunque los juicios críticos que siguen a cada narración son muy breves —esquemáticos—, resultan casi siempre acertados y sumamente reveladores. No sería justo exigir mayor amplitud y profundidad, dado el carácter antológico del libro. Cumplen su cometido a la perfección, al presentar ante el lector un retrato recortado, básico, de lo que es cada escritor y de lo que en su obra hay de valioso o de personal. Por todo ello, podemos recibir con beneplácito esta “resumida y completa” antología del profesor Menton.

MIGUEL BLANCO

México.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA, *Perduración romántica de las letras argentinas*, México, UNAM, 1963; 71 pp. (Col. *Filosofía y Letras*, 61).

El origen de este libro se halla en la ponencia que el autor sometió a la consideración del Décimo Congreso de Literatura Iberoamericana, que se reunió en las ciudades de Oaxaca y México entre agosto y septiembre de 1961. Estas reflexiones, según advierte el propio autor, forman parte de un trabajo más extenso sobre el carácter de la literatura argentina.

En estas páginas se demuestra plenamente que una de las características más singulares de las letras argentinas es la persistencia del romanticismo; que las ideas románticas persisten actualmente en la poesía, en el teatro, en la novela y en la crítica de la Argentina.

Pagés Larraya emprende su estudio a partir de 1837, fecha en que la literatura argentina se inscribe dentro “del complejo histórico-dogmático” del romanticismo. “El concepto del arte como expresión del pueblo, de sus ideales y costumbres revestíase, por sus fértiles conexiones políticas, de particular atractivo para la república joven que buscaba dramáticamente superar los meros enunciados retóricos sobre su independencia. El romanticismo es así, desde sus orígenes, un movimiento vivísimo y fecundador que no se ciñe exclusivamente a lo literario.”

Desde entonces la literatura argentina se aferró a ciertos conceptos predilectos: estilización de la naturaleza y de la historia americana, costumbrismo, popularismo. De modo que, durante más de siglo y medio, no se registran en ella sino cambios superficiales. Sin embargo, lejos de sugerirse aquí una petrificación en torno a recetas sofisticadas, se muestra una sólida línea de continuidad en que los ideales del mundo romántico adquieren nuevas dimensiones; se multiplican y afinan, siempre con impresionante dinamismo. Así aparecen el regionalismo y el folklorismo, la estética nacionalista, el criollismo, el ruralismo, la literatura gauchesca, el telurismo.